

acababa de mostrar á los indios de Cuba oro y perlas, preguntándoles, por señas, el sitio en que se encontraban aquellos objetos. Los isleños le señalaron el rumbo hácia donde quedaba otra grande isla, pronunciando la palabra *Bohío*, que significa sitio poblado y tambien casa.

El deseo ardiente de Colon era encontrar una nacion civilizada, con cuyo poderoso rey pudiese celebrar algunos convenios que estableciesen el comercio entre el Nuevo-Mundo y España, y presentarse en ésta con un abundante cargamento de especería, que serian los mejores, mas elocuentes y mas sinceros panegiristas de la utilidad de los descubrimientos que acababa de hacer.

El 12 de Noviembre se dispuso el almirante á partir en busca del punto deseado. Los indios, al saber que los españoles se preparaban para marcharse, se manifestaron pesarosos y les suplicaron que se quedasen, y algunos manifestaron deseos de partir con ellos. Colon, lisonjeándose con la idea de que convirtiendo al catolicismo á los indígenas que con él llevase, podian, á su vuelta de España, á donde pensaba llevarles, ser el mejor medio para que el país entero abrazase la doctrina del Evangelio, escogió los hombres de mejor presencia, permitiéndoles que llevasen tambien á sus mujeres, y poco despues se hizo á la vela en busca del poderoso reino, que en su concepto debia existir no muy distante.

Un viento bonancible hinchó las velas de los buques. Volaban, por decirlo así, las carabelas sobre la superficie llana de una mar en calma; pero volaba aun mas la creadora fantasia del almirante, vagando risueña por las encantadas regiones que bajo la influencia mágica y abso-

luta de su imaginacion miraba aparecer en el horizonte.

Por espacio de tres dias navegó Colon á lo largo de la costa de Cuba, sin que descubriese ciudad ninguna populosa, sino miserables chozas diseminadas por los bosques, y desnudos isleños, cuya pobreza contrastaba con las brillantes descripciones hechas por el almirante al emprender el descubrimiento del Nuevo-Mundo. Alentado por la esperanza, se dirigió en busca de la isla de Bohío ó Babeche que le habian señalado los isleños de Cuba como punto de oro y perlas; pero habiendo soplado vientos contrarios, que continuaron por algunos dias, resolvió volver á la isla de Cuba, y el dia 19 de Noviembre hizo señales á los otros dos buques para que le siguiesen. Obedeció inmediatamente la *Niña*; pero la *Pinta*, mandada por Martin Alonso Pinzon, habia caminado ya mucho hácia el Orien-

te, y continuó su marcha. Colon repitió entonces la seña; pero habiendo venido á poco la noche, ignoró si habia sido vista la señal y obedecida la orden. Al rayar el alba del siguiente dia, Colon miró á su derredor y vió que la *Pinta* habia desaparecido. El almirante sospechó que Pinzon, aprovechándose de la ligereza de su buque y de las noticias adquiridas de los indios, se dirigió á la isla de Bohío, con objeto de explotar la riqueza del país y adquirir oro, perlas y valiosa pedrería. Con efecto; Pinzon, dando crédito á las señales que los indios que llevaba á bordo le hacian, dándole á entender que le llevarian á un país en que el oro y las perlas abundaban, siguió el rumbo que le indicaban. Despertóse de repente en su corazon el deseo de ser el primero que llevase á España la noticia del des-

Martin Alonso
Pinzon se
separa, con
la *Pinta*, de la
escuadrilla.

cubrimiento del Nuevo-Mundo, presentando sus riquezas y algunos de sus habitantes, para adquirir así toda la gloria de la maravillosa empresa llevada felizmente á cabo.

Colon, cuyo barco carecia de las condiciones marineras que tenia la *Pinta*, continuó recorriendo la costa de Cuba, en tanto que el tiempo se presentaba favorable. El 5 de Diciembre, cuando navegaba al otro extremo oriental de Cuba, indeciso del rumbo que convendria seguir, descubrió tierra al Sudeste. Nuevas ilusiones volvieron á halagar su corazon. Las altas montañas que se presentaban á su vista por encima del despejado horizonte, le indicaban que el territorio en que se levantaban debia ocupar una extension vastísima. Su esperanza adquirió proporciones aun mas lisonjeras, cuando los indios que marchaban á bordo de su barco, exclamaron, señalando las montañas: *Bohio, Bohio*, voz á la que el almirante habia dado, como tengo indicado, una interpretacion equivocada, imaginando que significaba país abundante en oro.

El punto que veia era la isla de Hayti.
Descubrimiento de la isla de Hayti Colon se dirigió á ella; y en la tarde del 6 de Diciembre tomó puerto en un punto que llamó San Nicolás, al extremo occidental, con cuyo nombre es conocido hasta el dia; salió el 7 costeano hácia el Norte, y permaneció por varios dias en un puerto que bautizó con el nombre de la Concepcion, colocando el dia 12 de Diciembre, á la entrada de él, una elevada cruz, que indicaba pertenecer á la corona de Castilla.

El país presentaba un aspecto encantador. Los españoles encontraron en el canto de los pájaros, en el aroma de las flores, en las aguas de los rios y en los peces que pes-

caron, algo que les recordaba su bella Andalucía. El placer que el hombre experimenta al encontrar lejos del país en que ha nacido, alguna cosa que le presente la imágen del suelo de la patria, fué causa de que Colon le diese á la deliciosa region en que acababan de desembarcar, el nombre de *Isla Española*.

Nada se descubria en ella que revelase cultura y civilization. La soledad mas completa reinaba en derredor de los expedicionarios; pero Colon, pronto á revestir de atractivos todo lo que á su vista se presentaba, pensó que las grandes ciudades, la riqueza y el esplendor se encontrarían en el interior del país. La seductora ilusion no duró mas que un instante. Las grandes poblaciones no eran mas que miserables chozas diseminadas por las selvas y los bosques; y las grandes riquezas de sus habitantes, que iban completamente desnudos, consistían en alguna planchita de oro, que algunos llevaban pendiente de la nariz.

Cautivados quedaron Colon y sus compañeros de la belleza del país y de la hospitalidad y sencillez de los que lo habitaban; pero importándole mucho al almirante encontrar un soberano con quien entenderse, para establecer relaciones comerciales y volverse á España, salió del puerto de la Concepcion el 14 de Diciembre, visitó la isla que hoy se conoce con el nombre de *La Tortuga*, y abordando de nuevo á la Española, se detuvo en un puerto que denominó Valparaíso, actualmente de *la Paz*, llegando, por último, al llamado por Colon, de Santo Tomás, mas conocido actualmente con el nombre de *Acul*.

La fama de la generosidad y franqueza de los españoles

se habia extendido con rapidez prodigiosa por todas partes, y aunque al verles desembarcar huyeron los isleños, pronto fueron visitados los castellanos, en sus buques, por gran número de isleños que marchaban en canoas á comerciar con ellos.

Varios caciques de los pueblos comarcanos se presentaron á visitar á los españoles, ofreciéndoles desinteresadamente todo lo que poseian, y manifestándose desprendidos y generosos.

Entre los caciques de aquella grande isla habia uno muy respetado por su poder. Se llamaba Guacanagarí, y era jóven de agradable presencia. Cautivado de la conducta observada por los españoles, de la cual habia escuchado hacer notables elogios, envió en una canoa, á uno de sus principales servidores, á saludar, en su nombre, á los extranjeros, y ofrecerles su habitacion y los dominios encargados á su custodia, situados un poco mas lejos, en la costa oriental, donde actualmente se encuentra la ciudad del Cabo. El mensajero se acercó á los buques y fué recibido afablemente por Colon. En cuanto se vió en su presencia, se acercó respetuosamente al almirante, y le regaló, de parte de su señor, un curioso tahalí, de un trabajo raro, en que se veian perfectamente combinados, vistosas cuentas de color y hueso, y una máscara de madera aromática, con los ojos, la lengua y la nariz de oro. Entregado el presente, dió á entender que el gran cacique Guacanagarí, deseaba que se dignase visitarle en sus posesiones para poderle obsequiar dignamente. Colon prometió hacerlo, y obsequió al enviado con algunos hilos de cuentas de vidrio, que recibió como presente de inestimable

precio. Poco despues se le hizo saber al almirante que el gran cacique Guacanagarí se acercaba á visitarle.

Visita del cacique Guacanagarí á Colon. Así era en efecto. Deseando el gran cacique que no retardar el momento de conocer á los hombres de cuya benignidad y grandeza habia oido hacer los mas altos elogios, se dirigió al sitio en que se hallaban surtas las carabelas. Como en ninguna de las islas habia caballos ni animal ninguno en que pudiese viajar el hombre, los caciques se hacian conducir en andas, sobre los hombros de los vasallos. Guacanagarí se presentó de esta manera, y acompañado de mas de doscientos indios. Era jóven y de agradable presencia. Cuando entró en el barco del almirante, se dirigió al castillo de popa, seguido por los suyos con el mayor acatamiento. Al penetrar en él, indicó, con ademan de autoridad, que la comitiva se quedase fuera, y solo entraron á su lado dos indios ancianos, que eran sus consejeros. Colon le recibió con afabilidad, y le suplicó que se sentase. Guacanagarí lo hizo así, y los dos ancianos se sentaron á sus piés, con respeto profundo. Pasado un momento en que las señas eran el único lenguaje con que podian expresar el cacique y el almirante el aprecio y simpatía que sentian, mandó Colon que le sirviesen de comer. Guacanagarí se manifestó altamente parco, pues no hizo mas que probar, por decirlo así, los platos que le sirvieron y el vino, enviando lo demás á los que le habian acompañado y se habian quedado fuera, sentados en la cubierta. Todos éstos estaban con la mayor gravedad; hablaban poco, y eso en voz muy suave para no faltar al respeto debido á su señor. No estaban con menos respeto y gravedad los

dos ancianos consejeros. Ambos se hallaban pendientes de los movimientos del cacique, como queriendo adivinar su voluntad para anticiparse á ella y servirle: no apartaban los ojos de sus labios, y solo hablaban para responder á las palabras que Guacanagarí les dirigia de vez en cuando.

Terminada la comida, uno de los dos indios principales entregó, con grande acatamiento, al cacique un objeto que éste presentó en seguida, como señal de aprecio, á Colon. Consistia el regalo en una cinta de algodón, parecida, en la hechura, á las europeas, aunque de extraña labor, de la cual colgaban dos piececitas de oro labrado. El almirante correspondió al obsequio regalándole una vistosa colcha que cubria su cama, no dudando que le agradaria, un par de zapatos encarnados, un vaso de agua de azahar, y una linda corona de ámbar, que llevaba al cuello.

Guacanagarí quedó admirado de la esplendidez del almirante, y le manifestó con ademanes de la mas pura sinceridad, que toda la parte de la isla en que reinaba, la ponía desde aquel instante á su disposicion. Colon se manifestó agradecido á la oferta; y cuando el cacique se despidió, le acompañó hasta dejarle en la canoa que al lado de la carabela le esperaba. Al llegar á tierra, el cacique volvió á sentarse en las andas, dirigió la vista hácia las carabelas, desde donde los españoles le estaban mirando, y poco despues desapareció, tomando el camino de la poblacion en que residia.

Naufragio y pérdida de una de las carabelas. Al brillar la luz primera del dia 24 de Diciembre, se hicieron á la vela las dos carabelas, tomando el rumbo del Oriente. El

almirante se propuso anclar en el puerto del cacique Guacanagarí. El viento era suave, y apenas tenia fuerza para mover las velas. Era poco menos que calma la que reinaba, y los barcos, en consecuencia, caminaban lentamente. A las once de la noche, la calma era completa. Colon, fatigado del trabajo de los dias anteriores, se retiró á dormir un instante, viendo que no habia señal ninguna que indicase variacion de tiempo. El timonel, queriendo aprovechar la ausencia del almirante para dormir tambien, encargó el cuidado del timon á un muchacho inexperto, y la tripulacion entera, notando que no estaba el almirante, se acostó sobre cubierta. La fatiga de aquel penoso y largo viaje en que constantemente habian estado trabajando, hizo que bien pronto se quedasen todos profundamente dormidos.

Unicamente el muchacho que habia quedado en el timon, velaba. El cielo, el mar, el aire, todo estaba tranquilo; y sin embargo de aquella tranquilidad que contemplaban los ojos, existia un peligro que se ocultaba á la vista. El peligro eran las corrientes que allí reinaban. Mientras la tripulacion, confiando en las apariencias, se entregaba al descanso, y el jóven que estaba en el timon miraba sereno el mundo que le rodeaba, las traidoras corrientes, sin estrépito ni ruido, sin alterar la superficie de las aguas, iban arrastrando al buque, conduciéndole al precipicio.

Un golpe terrible se sintió de repente en el barco. Colon despertó sobresaltado y subió á cubierta. La carabela habia encallado en un banco de arena. Los marineros se levantaron, despertados por el estremecimiento hecho

por la carabela. El golpe habia sido terrible. Colon dió algunas órdenes con el objeto de sacar á flote el barco; pero en la confusion que reinaba, gran parte de los marineros, tomando un bote, trataron de salvarse pasándose á la otra carabela, mientras otros, ejecutando lo que les ordenaba Colon, hacian esfuerzos inauditos, aunque estériles, por sacar del banco de arena el buque. Cuando el jefe y tripulacion de la *Niña* supieron por los que se refugiaban á ella, la desgracia de la *Santa Maria*, se indignaron contra los que habian abandonado al almirante; y lejos de quererlos recibir, les obligaron á volver al lado de Colon para ayudarle. Ellos mismos, tomando otro bote, corrieron al sitio del peligro, y se pusieron á trabajar á fin de salvar la carabela. Pero todo era ya inútil. Las fuertes corrientes habian arrastrado mas y mas al buque sobre la arena, enterrando su quilla; y roto el casco por varias partes, y azotado de costado por las olas, quedó inclinado completamente y haciendo agua en abundancia.

Agotados los esfuerzos, y viendo que el mal era irremediable, Colon y todos los que se habian ocupado en salvar la carabela, se refugiaron á la otra, única que les quedaba desde que se alejó la *Pinta*, cuyo paradero ignoraban.

CAPITULO III

Nobles sentimientos del cacique Guacanagarí.—Su hospitalidad.—La dignidad de cacique era hereditaria.—Religion de los indios de la isla.—Convida el cacique á Colon á comer.—Calidad de los alimentos.—La felicidad de los isleños era negativa.—Exámen entre la deliciosa vida supuesta por algunos escritores y la real.—Colon conviene con el cacique en dejar en la isla algunos españoles.—Construccion de la fortaleza de la Navidad.—Parte Colon para España.

La situacion de los españoles era de las mas críticas. El barco que acababan de perder, llevaba la mayor parte de las provisiones de boca. Los peligros y el hambre les esperaban en aquellos mares y terrenos desconocidos. No tenian ya mas que un solo bajel, y ese en muy mal estado, para continuar su peligrosa navegacion.

Colon concibió aun la esperanza de salvar los víveres, sin los cuales era imposible continuar los descubrimientos.

El terrible siniestro habia sucedido á legua y media de la poblacion en que habitaba el cacique Guacanagarí. El almirante, acordándose de sus ofrecimientos, envió al pri-